

EL FUTURO ES LET IT BE

EL ESCRITOR AGUSTÍN FERNÁNDEZ MALLO, QUE ACABA DE PUBLICAR 'NOCILLA LAB' –NOVELA CON LA QUE CIERRA LA ALABADA TRILOGÍA EMPEZADA CON 'NOCILLA DREAM'–, AVENTURA EL FUTURO A PARTIR DE UNA FOTO DE LOS BEATLES.



POR *Agustín Fernández Mallo*

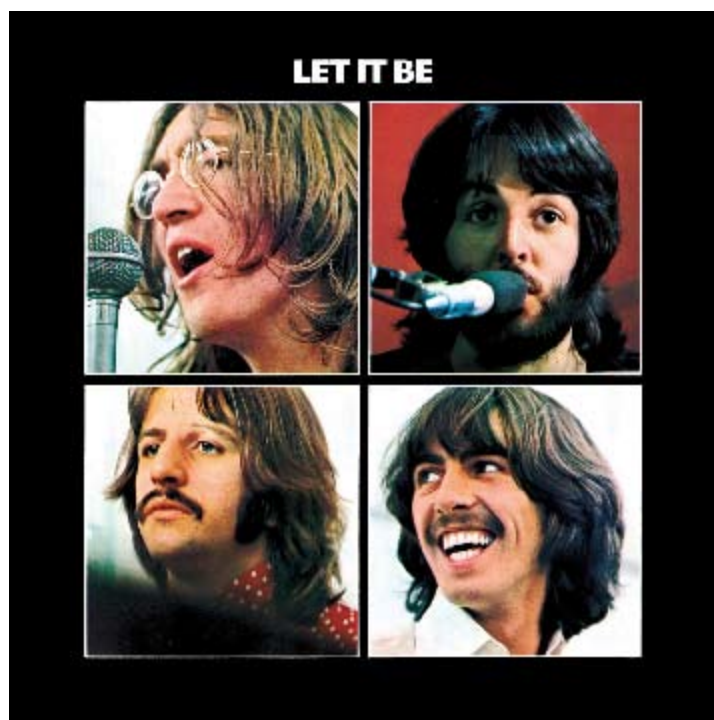
VOY A FIJARME, POR EJEMPLO, en la portada de 'Let it be'. Me fijo en ella porque estoy desayunando y tomo café en una taza que precisamente tiene estampada esa portada. La verdad es que no me había parado a mirarla detenidamente hasta hoy. Insulsa, sin pretensiones, funciona casi como un informe técnico: las caras de los de Liverpool recortadas de –quizá– una misma fotografía y reordenadas en forma de damero.

Foto-carnet. Una portada que podría haber hecho cualquiera que, apremiado por el jefe, tuviera el encargo de sacarla en 5 minutos. Si en la portada de *Sgt. Pepper's* se escenificaba la carta de defunción del siglo XX, la portada de *Let it Be*, visionaria, anticipó el siglo XXI, anticipó los modos de estar y construir el presente: la supuesta realidad, una foto, es recortada y reorganizada de tal manera que se hace indistinguible de la original. No sólo en la Red asistimos cada día a ese copy-paste sin pretensiones estéticas, sino en la cantidad de información que recibimos y debemos procesar. Valiéndonos de una misma materia prima, la rompemos para armarla de otra manera. Ese tipo de fragmentación y rearme, inherente ya al siglo XXI, no parece que vaya a cambiar en la próxima década. En realidad, aquella portada anticipó la filosofía iPod: no hay obras unitarias, descomponemos los álbumes en sus unidades básicas, las canciones, y las reorganizamos en nuestro disco duro. Es, también, el modelo Enjuto Mojamuto, el tecnorromanticismo: la

persona en su habitación, aparentemente aislada, recibiendo trozos de mundo a través de una pantalla y de una tecnología que, en el fondo, no entiende pero le proporciona placer. Necesariamente tendrá que desarrollar un nuevo tipo de intuición, no lineal, para manejar y componer algo que, de lo contrario, serían sólo datos caóticos. Cada uno será un DJ, un DJ de la vida.

Pero no hay civilización que se soporte a sí misma sin sus correspondientes dioses. Reducidos hoy el pop y el rock, las grandes religiones de la segunda mitad del siglo XX, a manierismos poco creíbles, ¿qué dioses se intuyen en el siguiente cruce del crono, qué mitos actuarán de contrapeso a tanto futuro fragmentado?

El deporte será el rey. No hay mayor religión laica que el deporte –sólo igualada por el ecologismo–, y será el rey porque ante la imposibilidad de batir más marcas, ante la imposibilidad de correr más rápido y ganar más títulos en una misma temporada porque ya no existen más



títulos disponibles para ganar, terminará por convertirse en pura estética, en la única estética comprensible por las masas. Aceptando la realidad de que el ser humano no puede correr a más de 1.000 kilómetros por hora, cuando lleguen el límite de su velocidad y el límite de los decimales en los cronómetros, sólo quedará valorar la manera en que se golpea el balón, la gracia con la que se mueven los brazos al correr 100 metros lisos, la mueca en el momento de estar en lo alto de la pértiga; el arte, ahora sí, de los dioses. Y será un arte popular porque habrá nacido del entretenimiento por excelencia de los pueblos. El deporte será concierto, futura música, será las futuras Exposiciones Universales,

será el pegamento que aglutine a todos los enjutos mojamutos del planeta, el componente emulsionante que consiga, primero, despegar los trozos de la portada de *Let it Be* para, por unos instantes, breves pero intensos, recomponer la foto original antes de que los rostros de Paul, Ringo, John y George regresen de nuevo al estado fragmentado propio del siglo XXI. El deporte, hecho arte que se visiona en masa, actuará de recuerdo de un mundo unido en fotografías compresibles, sencillas y lineales, será la visión nostálgica de un paraíso perdido que, en rigor, nunca existió, pero eso ya dará igual, sabemos que cuanto más irreal es un mito más potente es la esperanza que su religión asociada genera. 